

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 354

25 cts.



CORAZÓN
DE
MADRE

POR

MARÍA JACOBINI

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 4425 A

Año VII

BARCELONA

N.º 354

CORAZON DE MADRE

Poema de la maternidad
por Guillermo Zorzi

Interpretado
por MARIA JACOBINI

EXCLUSIVAS
L. GAUMONT
PASEO DE GRACIA, 66
BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de GASTON GLASS

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia — Dr. Dou, 14 — Barcelona

7
“El sol reía en su trono. La naturaleza le saludaba vestida con sus verdes galas. En el aire, tibio y perfumado, flotaba el optimismo para los aldeanos.

En la puerta de su casa, una tienda en la que se vendía de todo, desde comestibles hasta tabaco, María, alegre y cantarina, barría el pedregoso suelo, cuando acertó a pasar por allí, deteniéndose frente a la tienda, el ligero coche del marqués de Casteldelfino en el que iban éste y su gran amigo el duque de Colchester, quien, como otros años, pasaba la temporada de caza en el castillo del marqués.

Apóense el duque y al ir a penetrar en la tienda, María le mojó las botas, regando el suelo.

—Perdone, señor — se apresuró a decirle, azorada, la gentil muchacha—. Fué sin querer.

El duque la miró atentamente, le sonrió y entró en la tienda, donde compró tabaco.

Antes de salir, el noble escocés preguntó al padrastro por María, y éste, satisfecho de que tan significado cliente se molestase prestando atención a la aldeana, repuso:

—Es mi hijastra, señor duque.

—Le felicito... Bonita es su niña.

—Es favor, señor duque.

Partió el noble, y, al cruzar de nuevo a María, repitió su sonrisa.

Subió al coche, que emprendió rápida carrera, pero el noble volvióse varias veces para contemplar a la encantadora aldeana y cada vez sus miradas coincidieron con las de ella, gratamente impresionada por las sonrisas de aquel gran señor.

El duque era un empedernido cazador... pero desde que vió a María, su afición sufrió un cambio repentino...

En efecto, desde aquel día, las bestias montaraces del coto del marqués no corrieron el peligro de ser molestadas.

El duque se había entregado de pleno a otro género de caza, si bien no tan emocionante, indudablemente más grato...

La presa deseada era una linda flor con faldas, un puñado de hierba olorosa... la pura María.

Ella, la tontuela, deslumbrada por la personalidad de su galanteador, creía vivir en un sueño de hadas, en que el príncipe acaba por enamorarse de la pastora, porque es más bella que las damas de la Corte...

Cierta mañana, el duque sorprendió a María, cuando ésta regresaba del bosque con unos fascos de leña, cerca de la puerta posterior del castillo, por la cual tenía acceso al mismo el servicio.

La detuvo, saludándola como un buen ami-

go, y le suplicó que permaneciese un momento quieta, pues deseaba hacerle un retrato.

—Por favor, María, no se mueva usted... No suelte la leña... No haga el menor movimiento... Voy a retratarla así...

Ella, ruborizada, cubrióse el rostro en el momento en que el aparato del duque copiaba su cuerpo, y, naturalmente, en la fotografía no se le vería la cara.

El noble acercósele hasta tenerla muy junto a sí, aspirando su característico olor de cosa sana, impregnada de todas las esencias de la campiña y del bosque; y le dijo, persuasivo, empujándola hacia aquella parte silenciosa del castillo:

—¿Quieres venir para ver si has salido bien?

—¿¿Tan pronto se puede ver? — contestó ella, ingenuamente.

—Sí, en seguida. En el laboratorio sacaré la placa y te verás en ella tal como has sido impresionada.

—Me gustará, sí, me gustará verme. Es la primera vez que me retratan.

Y, sin pensar en que el duque le tenía una celada, la incauta entró en el castillo por la puerta de servicio y luego en el laboratorio fotográfico, instalado en una de las habitaciones de aquella parte de la señorial mansión.

El duque cerró las puertas y las ventanas y encendió una débil luz roja.

—¡Qué oscuro! — exclamó María, sin temer nada, sin embargo.

—Esta es la única luz que se presta a la revelación de placas fotográficas. Con la luz normal, se estropearían, ¿comprendes?

—Yo no entiendo nada de esto...

—Es uno de mis pasatiempos favoritos... sobre todo cuando en mis placas aparecen preciosidades como tú...

—No se burle usted de mí, señor duque...

—Te gusta que te recreen los oídos, ¿verdad, pícara?

—Nadie me los ha recreado, señor...

—Entonces, es que los mozos de este pueblo son unos ingratos, porque tú, pequeña...

La placa estaba revelada ya, y el duque, embriagándose cada vez más con el perfume de su conquista, se la mostró, pero a fin de que ella se acercase a él hasta rozarle, iba apartándose, para obligarla a inclinar hacia él la cabeza cuanto pudiera...

—¿Ves? Mañana, a la luz del día, todo lo que ahora es blanco se volverá negro — le dijo, juntando casi su rostro al de ella.

De pronto se estableció el anhelado contacto y María, cegada por la ilusión de ser amada por el duque, no supo lo que hacía...

...Y cuando María dejó el castillo, el sol no brillaba ya en su alma.

Pero en medio de sus reflexiones, asíóse la cándida aldeana a una esperanza: ser verdaderamente amada por el duque; y pensando en la realidad de esta quimera no se arrepentía de haber entregado lo máspreciado de su vida a aquel hombre, puesto que lo hizo con amor, ya que ella le amaba con toda su alma.

Mas los días fueron pasando sin que María volviese a ver al duque. No se le veía por ninguna parte, y la pobre enamorada sufría en silencio.

Un día, venciendo su timidez, María se decidió a rondar por las cercanías del castillo, por si le era posible descubrir al duque al salir o al entrar.

Se apostó a algunos metros de la verja del jardín y vió, al poco, salir a dos jinetes, pero ninguno de ellos era el duque.

Extrañada de la ausencia del noble escocés, María, cuya intranquilidad aumentaba de día en día, por razones muy graves, decidióse a preguntar por él al conserje, que se hallaba sentado junto a la entrada del castillo.

Fué hacia él y le dijo, humildemente y fingiendo mera curiosidad:

—¿Y aquel señor extranjero que salía diariamente a cazar... dónde está?

Y el buen hombre, lejos de suponer el mo-

El duque cerró las puertas y las ventanas y encendió una débil luz roja.

—¡Qué oscuro! — exclamó María, sin temer nada, sin embargo.

—Esta es la única luz que se presta a la revelación de placas fotográficas. Con la luz normal, se estropearían, ¿comprendes?

—Yo no entiendo nada de esto...

—Es uno de mis pasatiempos favoritos... sobre todo cuando en mis placas aparecen preciosidades como tú...

—No se burle usted de mí, señor duque...

—Te gusta que te recreen los oídos, ¿verdad, pícara?

—Nadie me los ha recreado, señor...

—Entonces, es que los mozos de este pueblo son unos ingratos, porque tú, pequeña...

La placa estaba revelada ya, y el duque, embriagándose cada vez más con el perfume de su conquista, se la mostró, pero a fin de que ella se acercase a él hasta rozarle, iba apartándose, para obligarla a inclinar hacia él la cabeza cuanto pudiera...

—¿Ves? Mañana, a la luz del día, todo lo que ahora es blanco se volverá negro — le dijo, juntando casi su rostro al de ella.

De pronto se estableció el anhelado contacto y María, cegada por la ilusión de ser amada por el duque, no supo lo que hacía...

...Y cuando María dejó el castillo, el sol no brillaba ya en su alma.

Pero en medio de sus reflexiones, asíóse la cándida aldeana a una esperanza: ser verdaderamente amada por el duque; y pensando en la realidad de esta quimera no se arrepentía de haber entregado lo más preciado de su vida a aquel hombre, puesto que lo hizo con amor, ya que ella le amaba con toda su alma.

Mas los días fueron pasando sin que María volviese a ver al duque. No se le veía por ninguna parte, y la pobre enamorada sufría en silencio.

Un día, venciendo su timidez, María se decidió a rondar por las cercanías del castillo, por si le era posible descubrir al duque al salir o al entrar.

Se apostó a algunos metros de la verja del jardín y vió, al poco, salir a dos jinetes, pero ninguno de ellos era el duque.

Extrañada de la ausencia del noble escocés, María, cuya intranquilidad aumentaba de día en día, por razones muy graves, decidióse a preguntar por él al conserje, que se hallaba sentado junto a la entrada del castillo.

Fué hacia él y le dijo, humildemente y fingiendo mera curiosidad:

—¿Y aquel señor extranjero que salía diariamente a cazar... dónde está?

Y el buen hombre, lejos de suponer el mo-

tivo de la pregunta de la infeliz, respondióle, con naturalidad:

—Se ha ido a su país... muy lejos... muy lejos...

Aquella revelación fué terrible para María. Creyó que iba a caerse allí mismo, confesando su estado... pero supo dominarse y, como un autómata, emprendió el regreso a su casa.

—¿Qué diría su madre, al enterarse de su falta?

—Y su padrastro?

Fiaba en la comprensión de la primera, porque además de mujer era su madre; pero en cuanto a su padrastro, temía, temía, sí, los peores arrebatos.

Tentada estuvo de hacer una barbaridad, pero no tuvo suficiente valor para ello.

Esperaría... En la espera acaso llegase la piedad".

**

Al despertar de su sueño, María buscó en la cama al hijo de su corazón, y abrió desmesuradamente los ojos al notar que no estaba allí, a su lado, como desde el momento de nacer

Incorporóse cuanto pudo en el lecho y si-

guió buscando, palpando desesperadamente las ropas.

—Inútil empeño!

—¿Lo tendría su madre?

—¡Mamá! ¡Mamá! — gritó.

La madre comprendió la razón de los gritos de su hija, miró al padrastro y, silenciosa y grave, entró en el cuarto de María.

—¿Qué quieres, hija?

—¿Dónde está el niño? ¿Por qué no lo has traído? ¡No le dejes solo, mamá, por Dios!

—El niño está bien... no temas...

—Tráemelo, mamá... Tendrá hambre...

—Espera, mujer, espera... Lo tiene...

—¿Quién...? ¿Mi padrastro? ¿Se ha dulcificado ya, viendo a mi hijo?...

La madre crispó los puños, miró a su hija llena de compasión, y, no pudiendo ocultarle la verdad, que el padrastro no tardaría, si nadie se la revelaba, en darle a conocer sin contemplaciones, rompió a llorar y le dijo:

—Escúchame con calma, hija mía... Los hombres son hombres y no comprenden ciertas cosas.

—¿Qué quieres decir, mamá? ¿Dónde está mi niño? ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

—¡Por mí, hijita, no te pongas de ese modo! Sosíégate... Todavía no estás fuerte...

—Pero ¿dónde, dónde está mi hijo, madre mía?

—Estás sospechando la realidad, María, y no puedo engañarte... Sí, se lo han llevado, hija... Tu padrastro no ha consentido que se quede en casa. El ha creído hacerte un bien.

—¡No es posible que me lo hayáis quitado! ¡No, madre! ¡Yo quiero a mi hijo! ¡Devolvedmelo!

Una violenta crisis se apoderó de la infeliz, y tras el ataque vino la fiebre, y la permanencia en el lecho se prolongó bastantes días más de los normales.

Arrepentida de haberle descubierto la crudidad de su padrastro, su madre se esforzó en animarla, y velándola día y noche y prodigándole frases de aliento logró devolverla a la vida. Acaso el padrastro, pensándolo mejor, resolviese restituirle el niño...

**

Durante los días que guardaba cama María, el padrastro ordenó la realización de su sueño dorado: la restauración y ampliación de la casa y del negocio.

Una nutrida brigada de obreros se encargó en pocos días de dejar como nueva la fachada, empapelar el interior y ampliar la tienda, convirtiéndola en un importante establecimiento.

El egoísta y desalmado hombre se complacía en la contemplación de su "obra", importándole un mito los comentarios de la gente, pues era un individuo que se reía de los demás mientras él fuese caliente...

Los obreros daban los últimos toques en el interior de la casa, precisamente en la habitación inmediata a la que ocupaba María.

El continuo repiqueteo de los trabajadores, sus voces y el rumor de los papeles que los especializados en este trabajo pegaban en la pared, llamaron la atención de la enferma, quien, llamando a su madre, inquirió, con extrañeza:

—¿Por qué es todo ese ruido, madre?

Y la madre mintió, no queriendo que por una torpeza suya su hija pudiese recaer...

—Nada de particular... — repuso —. Tu padre está haciendo un poco de limpieza en la casa.

En aquel momento entró en la habitación, la faz sonriente, el padrastro

—¿Qué, ya estamos mejor, María? ¡Animo, mujer!

Viendo sonreir por primera vez a aquel hombre adusto, María pensó que quizás no tardaría en serle devuelto su hijo.

—Sí, ya voy mejor, mucho mejor... y me pondré buena del todo cuando me devolváis a mi hijito.

—¿Eh? ¿Por qué me nombras a tu hijo?

—¿No sabes que me disgusta oír hablar de él? —Es así como me agradeces el que haya borrado de esta casa la prueba de tu falta?

—¡Es mi hijo!

—¡Basta! —Eres insoportable! —Y te prohibo terminantemente que vuelvas a hablarme de él!

El salvaje estaba odioso cuando se ponía furioso, y era capaz de entregar sus manos rudas a su furor. La madre se abrazó a María, y, temblando las dos, se resignaron a ser muertas ante el tirano que tenía esclavizadas sus vidas.

Y ahora María, por no ver a su padrastro, no tenía prisa en levantarse...

Pero llegó el Domingo de Ramos, y el jubiloso repique de las campanas de la iglesia y el rumor de la gente feliz que acudía en masa a bendecir las ramas de laurel en el Templo, la estimularon a abandonar el lecho.

Puso pie en tierra penosamente, cubrióse con sus vestidos de diario, y después de contemplar la calle por la ventana de su cuarto, salió de éste y al encontrarse en el comedor recibió la sorpresa de la insospechada transformación.

El papel de las paredes era nuevo, algunos muebles, también; la lámpara y varios objetos más no eran, tampoco, los mismos de antes. —Y a todo aquello llamaba su madre

una limpieza? —Pero si era una transformación que debía costar mucho dinero! —Qué extraño era que su padrastro se hubiese gastado aquellas sumas, cuando su única pasión era amontonar sus ganancias!

María fué de asombro en asombro, al contemplar las demás habitaciones y, principalmente, al ver la nueva tienda, abarrotada de buenos géneros.

—Se habría vuelto loco su padrastro?

—Habría heredado de algún pariente desconocido?

María fué avanzando y salió a la calle y vió la fechada resplandeciente bajo los rayos del sol, como recién pintada.

—Aquello era maravilloso! —Eran ricos, indudablemente muy ricos!

Unas amigas se le acercaron, celebrando verla levantada ya, después de tanto tiempo de postración en el lecho, y una de ellas, con esa satisfacción morbosa que los ignorantes sienten humillando a su prójimo, le dijo:

—¿Te gusta la casa toda nueva?

—Sí... sí... es muy bonita... Yo no sabía nada...

—Ya, ya, mujer... Tu padrastro no es tonto... De una desgracia tuya saca un provecho para él... “No hay mal que por bien no venga”...

Y se alejaron, después de verter sobre la infeliz, el veneno de la maledicencia...

María, entregada a profundas meditaciones, volvió al interior de la tienda, y, de pronto, como si alguien le rasgase despiadadamente el velo que la cegaba, tuvo la revelación de la verdad; lo comprendió todo, lo vió todo, y, en un acceso de furor, rayano en la locura, apoderóse de cuantos géneros de la tienda estaban al alcance de sus manos y los arrojó al suelo, no respetando ninguno, algunos de los cuales eran de vidrio. Las mercancías se desparramaron por el suelo, y, súbitamente, al romper unas bombonas que contenían materias inflamables, produjóse un imponente incendio.

Las llamas lo devoraban todo, y María, vaciada su razón por la conmoción sufrida al conocer la terrible verdad, ¡la venta de su hijo!, agitábase entre el cruel elemento como un alma en los dominios del infierno.

La voz de alarma cundió por el pueblo y llegó al padrastro en el momento en que éste salía del Templo, después de la bendición de las palmas.

Todo el pueblo acudió al lugar del siniestro, dispuesto a cooperar a la extinción del formidable incendio.

Se logró sacar con vida a la demente María, al ver a la cual desmayóse su madre, y los

Corazón de Madre

Argumento de la película

La comedia de la vida es, a veces, una tragedia, de la que son víctimas las infelices muchachas que se dejan fascinar por la voz del pecado disfrazado de amor.

La cobardía de los hombres hunde en el abismo sin fondo de la desesperación a las elegidas para sus hazañas.

El amor que exige pruebas de fe, no es amor; es vicio. El amor puro no pide nada, porque todo lo tiene en la ilusión de la esperá.

¡Mujeres, rehuid el contacto venenoso de los que sólo buscan en el amor la satisfacción de sus inmoderados anhelos, desapareciendo luego como ladrones! ¡Buscad en vuestros gálanes la ternura, que es el mejor amor; el amor del alma!

**

María, linda y joven aldeana, flor bella entre las más maravillosas, ya no reía.

Su risa, clara y alborotada, se había apagado bajo el golpe que, a traición, diérale la fatalidad.

Ahora, postrada en su lecho, donde había salido de los dolores de la maternidad, parecía soñar.

En el comedor, en tanto, su padrastro conversaba con un hombre de aspecto misterioso, de cuyos hombros pendía una larga capa negra.

¿Qué conversación sostenían aquellos dos hombres, para que su voz fuese casi imperceptible?

Pocas palabras cambiaban entre sí, pues más elocuentes eran, por una parte, la actitud de la madre de María, sentada en una silla junto a la chimenea del hogar, meciendo en su regazo al hijo de la infeliz soltera...; y, por otra parte, la entrega de billetes de Banco al padrastro por el hombre misterioso.

¡Se estaba haciendo una venta, una operación ignominiosa!

El padrastro de María, mercader cazarro y egoísta, dejóse fascinar por el brillo del oro y aceptó, encantado, entregar al enviado del seductor de su hijastra el hijo de la engañada. La codicia había secado su corazón y no repa-



¡Se estaba haciendo una venta, una operación ignominiosa!

raba en el pesar de su mujer, en cuya alma el dolor de su hija encontraba eco, pero qué era una de esas mujeres sumisas de aldea, acostumbradas a bajar los ojos ante las órdenes del marido y a obedecerle como a amo y señor.

Efectuada la venta, el padrastro arrancó de los brazos de la abuela al tierno infante y lo depositó en los del hombre misterioso, quien lo ocultó seguidamente bajo su capa de fantasma, apresurándose luego, con su carga, a desaparecer en el interior de un carroaje que le estaba esperando en la puerta de la casa.

Al quedar a solas los esposos, el padrastro contempló con fruición el dinero, y dijo a su mujer:

—El duque ha sido generoso... Con este dinero podremos arreglar la casa y ampliar el negocio, mi sueño dorado.

La madre calló. En sus labios flotaba la más energética protesta, pero atemorizada por el carácter brutal del padrastro prefirió sufrir en silencio.

Pero ¿qué diría la pobre María cuando se enterase de lo que había hecho su padrastro con ella?

¡No le echaría en cara a su madre el haber consentido en aquella infamia?

¡Oh, esto sí que no lo podría sufrir la madre! Seguramente María, conocedora tanto como ella del carácter del padrastro, comprendería que éste, queriendo hacer desaparecer toda huella del pecado cometido por la infeliz, había sacado del hogar al acusador.

Entretanto, María, en su lecho, evocaba el pasado, todavía cercano.

.....

—¿Y dónde está ahora su padre, señorito?

—Lo he perdido para siempre... Estoy solo, María... A mi madre no la he conocido nunca.

María se ahogaba. Afortunadamente, Alfredo se apartó de ella y no pudo descubrir la emoción de la nueva sirvienta.

¡Oh, era su hijo!... ¡Su hijo!

Pero...

Nadie más que ella sabría que Alfredo era su hijo. No podría decir nunca la verdad. Debería cerrar sus labios para siempre, para que su hijo no se avergonzase de tenerla por madre.

Desde que tuvo la evidencia de que Alfredo era su hijo, María no vivía más que para verle, y no permitía que nadie más que ella fuese su criada, su esclava...

Los criados murmuraban, pero le perdonaban su manía de servir al joven Lord, achacándola a gratitud, pero alguna doncella se atrevió a decir que parecía que se hubiese enamorado del apuesto señorito.

¡Pobre María! ¡Cuán lejos estaban todos de la realidad!

Su amor de madre amenazaba descubrir su secreto a cada momento, haciéndose pesada en su afán de estar continuamente al lado de Alfredo.

Y una noche, para contemplar a su hijo a sus anchas, no pudo resistir al deseo de en-

trar en su habitación, asegurándose de que dormía profundamente.

Acercóse con sigilo al lecho y sonrió con toda su alma al verle tan bello, tan feliz, tan opulento.

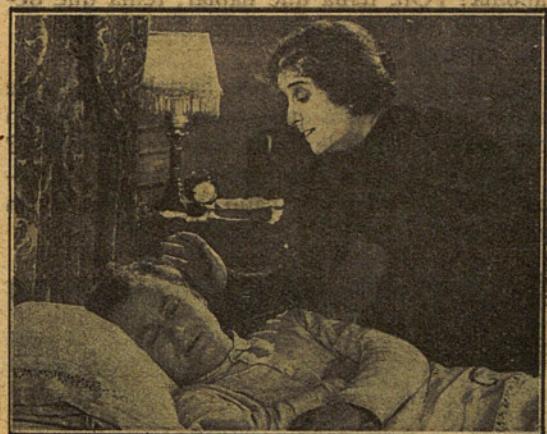


¡Pobre María! ¡Cuán lejos estaban todos de la realidad!

De pronto, al intentar acariciarle los cabellos, perdió el equilibrio y para no caerse apoyó su mano en la frente de Alfredo, quien despertó sobresaltado, asombrándose al verla ante él.

—¿Qué es esto, María? — le dijo, severamente.

—Perdón... perdón... no era para nada malo!



Acercóse con sigilo al lecho...

—De algún tiempo a esta parte, tu conducta es muy extraña, María... ¿Puedo saber a qué obedece este cambio? ¿Obras tal vez impulsada por el agradecimiento

—Sí... sí... Yo...

—Lo que hoy has hecho no me gusta, ¿entiendes? Espero que sea la primera y la última vez.

—Sí... sí... perdón...

—Una mujer buena, como tú, debe portarse con más formalidad.

—De qué la acusaba su hijo, Señor? ¿Qué suponía? ¡Oh, tenía que hablar, tenía que decirle por qué no podía vivir sin él!

—Yo soy... yo...

—¿Qué iba a hacer? ¿No le bastaba saber que su hijo era dichoso, que se iba a casar pronto con Yolanda, que le haría más feliz todavía?

Tapóse la boca con ambas manos, desgarrándose el corazón, y calló. Su secreto no lo sabría nadie, nadie.



Su secreto no lo sabría nadie, nadie.

esfuerzos de todos se concentraron en combatir al fuego.

Pero fué en vano... Pronto no quedó de la espléndida casa más que un montón de ruinas al pie de su triste esqueleto...

*

**

Pasaron veinte años.

En Escocia, Lord Eric acababa de morir dejando como único heredero de su fortuna y de su título a su hijo Alfredo, el fruto de sus amores fugaces con María, la campesina italiana.

Unos días después de tal suceso, Alfredo, gallardo mozo que se parecía por su bondad, ya que no por su físico, a su ignorada madre, arregló la cuestión de intereses con el abogado de la familia, acompañado del marqués de Casteldelfino, que fué a darle personalmente el pésame, lamentando no haber podido ver antes de morir a su gran amigo; y cuando quedó a solas con el marqués, exclamó:

—Ahora estoy solo... completamente solo!

—No te apures, Alfredo. Te ruego veas

en mí un buen amigo, tu mejor amigo, como lo fuí de tu padre.

—Gracias, gracias...

—Cualquier cosa que te ocurra, no dejes de consultármela, en la seguridad de que encontrarás en mí el consejero más leal...

—Ya lo sé, marqués, y por tal motivo me atrevo a pedirle un favor, un favor inmenso...

—Habla...

—Dígame la verdad... ¿No sabe usted nada de mi nacimiento?

—Nada, Alfredo...

—¡Qué tormento... qué tormento vivir sin saber quién fué mi madre!

—No te desesperes... Piensa que si tu padre, que te quería mucho, te ocultó la verdad, lo hizo sin duda por tu bien.

—Sin embargo, me gustaría tanto conocer a mi madre...

—Desecha tal idea, por imposible, Alfredo, y procura distraerte.

Y pensó el marqués que el cielo añil de Italia curaría a Alfredo de sus sombríos pensamientos, y, así, se apresuró a llevarlo a sus dominios, donde, con sincera alegría, conoció a los dos hijos de aquél: Yolanda y Enrique, cuya edad corría parejas con la del joven duque.

En aquellos veinte años, María había estado en el manicomio, había salido de él por

no apreciársele ningún signo de locura, y, desde hacía algún tiempo, perseguida, acorralada, era la diversión de la chiquillería del pueblo.

Alfredo, dirigiéndose al castillo, en landó, con el marqués y sus dos hijos, vió a María perseguida por los niños del lugar, y preguntó, apenado:

—¿Quién es esa pobre mujer?

Yolanda replicó:

—Es María, la loca.

—¡Infeliz! — murmuró Alfredo.

En el castillo Alfredo ocupó la misma habitación reservada a su difunto padre cuando iba a Italia a cazar. Al fijarse él en unos retratos que había encima un mueble, el marqués le dijo:

—Son antiguas fotografías que hacía tu padre cuando estaba aquí.

Una de dichas fotografías era la de María, cuyo rostro estaba cubierto por una de sus manos, razón por la cual nadie podía reconocerla.

Fueron pasando los días... La vida del castillo, con sus fiestas y sus cacerías, que congregaba a todos los nobles de los alrededores, fué borrando poco a poco la melancolía del joven duque de Colchester.

Durante una de las partidas de caza, en que la jauría persegüía encarnizadamente al jabalí, apostados los cazadores en los sitios más

estratégicos del bosque, Alfredo vió otra vez a María y a los chiquillos haciéndola víctima de su inconsciente残酷.

Olvidándose de que su misión en aquel puesto era cerrar el paso a los jabalíes que acertaran a burlar a los demás cazadores, Alfredo se acercó a la infeliz mujer llevado a ella a causa por la voz de la sangre en forma de piedad, y, saliendo en su defensa, dijo a los muchachos:

—¿Por qué perseguís a esa pobre mujer?
—¡Es la loca! — dijeron algunos muchachos.

—¿Y porque sea loca tenéis que maltratarla de ese modo?

Los niños quedaron suspensos, comprendiendo quizá que aquel gran señorito tenía razón.

Alfredo quiso ofrecer un poco de dinero a María, pero ella, rechazándoselo, huyó.

—Nunca quiere aceptar limosna de nadie — explicó una rapazuela.

Entonces el joven Lord dijo a los niños, cautivándolos con su simpatía:

—Si vosotros me ayudáis, podemos remediar su situación aunque ella no quiera.

Dió el dinero al mayor de los niños y les encargó comprasen cosas útiles para ella.

Y añadió:

—Nos veremos a menudo... y os enseñaré

una diversión mucho más bonita que el perseguir a pedradas a esa pobre mujer.

Al salir del manicomio, María, huérfana y sola, había ido a ocultar su miseria, su miedo cerval a la vida, en la casa en ruinas que perteneció a su padrastro. Un trabajo sencillo — la confección de canastos de mimbre — le permitía atender a sus escasísimas necesidades.

Los niños, que fueron entrevistándose con Alfredo, dejaron en la pobre habitación de la infeliz un vestido nuevo, unos zapatos y otros efectos, y al ver éstos, María, sin sospechar su origen, cambiálos por los suyos, pareciendo otra mujer con las nuevas ropas.

La transformación de María hizo feliz a los niños, y éstos se convirtieron, con la misma inconsciencia con que antes la habían perseguido, en sus protectores, comprándole todo cuanto les parecía a ellos que le hacía falta a la infeliz.

La alegría inédita de hacer el bien cambió, también, por completo a los niños. Ya no le tiraban piedras, sino que se acercaban a ella, deseando hacerse perdonar.

Y María, extrañada de todo aquello, abrazó a los muñecos y preguntóles por la causa de su cambio de actitud.

La rapazuela más lista de todos contestóle:

—Nos lo ha dicho “El”...

—¿Y quién es “El”? — quiso saber María.

Los chiquillos se negaron a decírselo, pero siguiéndolos, logró saber quién era su noble protector.

¡Ah! Era un morador del castillo, un alma buena. No todos los nobles tenían el alma negra.



Ya no le tiraban piedras.

Al verle, postróse de hinojos ante él, a distancia, y Alfredo acudió a levantarla del suelo.

—¡Oh, gracias, gracias! —murmuró la cuitada—. Es usted el único que se ha apiadado de mí, el único que ha conseguido que estos niños, a quienes tanto quiero porque son niños, me amen un poco.

**

La desgracia de María, cuyo origen desconocía, causó tanta impresión en Alfredo, que a instancia suya el marqués de Casteldelfino ordenó a su ama de llaves fuese a buscarla para darle en el castillo un empleo.

El ama de gobierno cumplió el encargo, y los niños ayudaron a María a decidirse a aceptar la oferta de buena vida entre gente noble.

Al fin viviría la infeliz como las personas, pero para aceptar el empleo en el castillo tuvo que hacer un gran esfuerzo, porque la señorial mansión guardaba el secreto de todas sus amarguras...

Pero sentía inmensa gratitud hacia Alfredo y quería convertirse en su esclava, para pagarle como pudiera todo el bien que le había hecho.

Y poco a poco fué observando detenidamente al joven Lord y su risa le evocó otra risa y su tipo otro tipo... ¡Oh, sí, era hijo del duque, del hombre que la sedujo!

Y unos días después, al depositar el desayuno de Alfredo encima de un mueble de su habitación, vió María unas fotografías y en-

tre ellas una en que se reconoció, recordando al propio tiempo el día de su desliz...

Sorprendiéndola en la contemplación de los retratos, el joven Lord, su ignorado hijo, le dijo:



Sorprendiéola en la contemplación de los retratos...

—¿Te gustan, María? Son fotografías que sacaba mi padre cuando pasaba temporadas en el castillo.

María ahogó un grito de júbilo en su garganta, y haciendo un esfuerzo sobrehumano pudo preguntar:

Y al marchar del cuarto de Alfredo y de regreso al suyo, tomó una resolución: partir del castillo.

Y con el vestido que le habían regalado los niños, sus amigos, volvió a su misera vivienda en ruinas, donde viviría otra vida, pensando en que su sacrificio hacía la felicidad de lo que ella más amaba en el mundo.

**

Y la boda de Alfredo y Yolanda se celebró con gran pompa.

Y María, callando siempre, como se lo había jurado a sí misma, mandó a su hijo, por la rapazuela más gentil del lugar, un precioso ramo de flores cortadas por ella misma, con sus mayores deseos de dicha eterna.

—Dale las gracias, picaruela, y dile que yo no la olvidaré — dijo Alfredo, sonriente, a la niña.

Y mientras los novios se dirigían hacia la gloria, ajenos a que con ellos iba el corazón de una madre amantísima, María, en su cuchi-

— Pobre María! Cuán lejos estaban todas de campanas de la cercana iglesia, rezaba, llorando:

— Dios mío, que sea muy feliz... muy feliz!

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

EL MEJOR CABALLERO

Por Norma Talmadge, Gilbert Roland, Noah Beery
Exclusiva de Los ARTISTAS ASOCIADOS

No debe faltar en ninguna biblioteca de buen gusto la sensacional novela cinematográfica

EL CAPITAN SORRELL

publicada en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Es una joya de Los ARTISTAS ASOCIADOS

Estupendo reparto : H. B. Warner, Mary Nolan, Nils Asther, Mickey Mc. Ban, Carmel Myers, Alice Joyce, Louis Wolheim, etc.

32 fotografías **Portada a varios colores**
Commovedor asunto, dedicado
a todos los padres del mundo.

En preparación

EL JARDIN DEL EDEN

por Corinne Griffith, Charles Ray,
Louise Dresser, etc.

Es, también, una joya de Los ARTISTAS ASOCIADOS

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

EB.